

leg 11 paquete 2:

duplicado
Moreno

899

~~No. 221~~

Pastoral sobre el B. S. de Rojas.

34

CARTA PASTORAL

QUE EL DIA

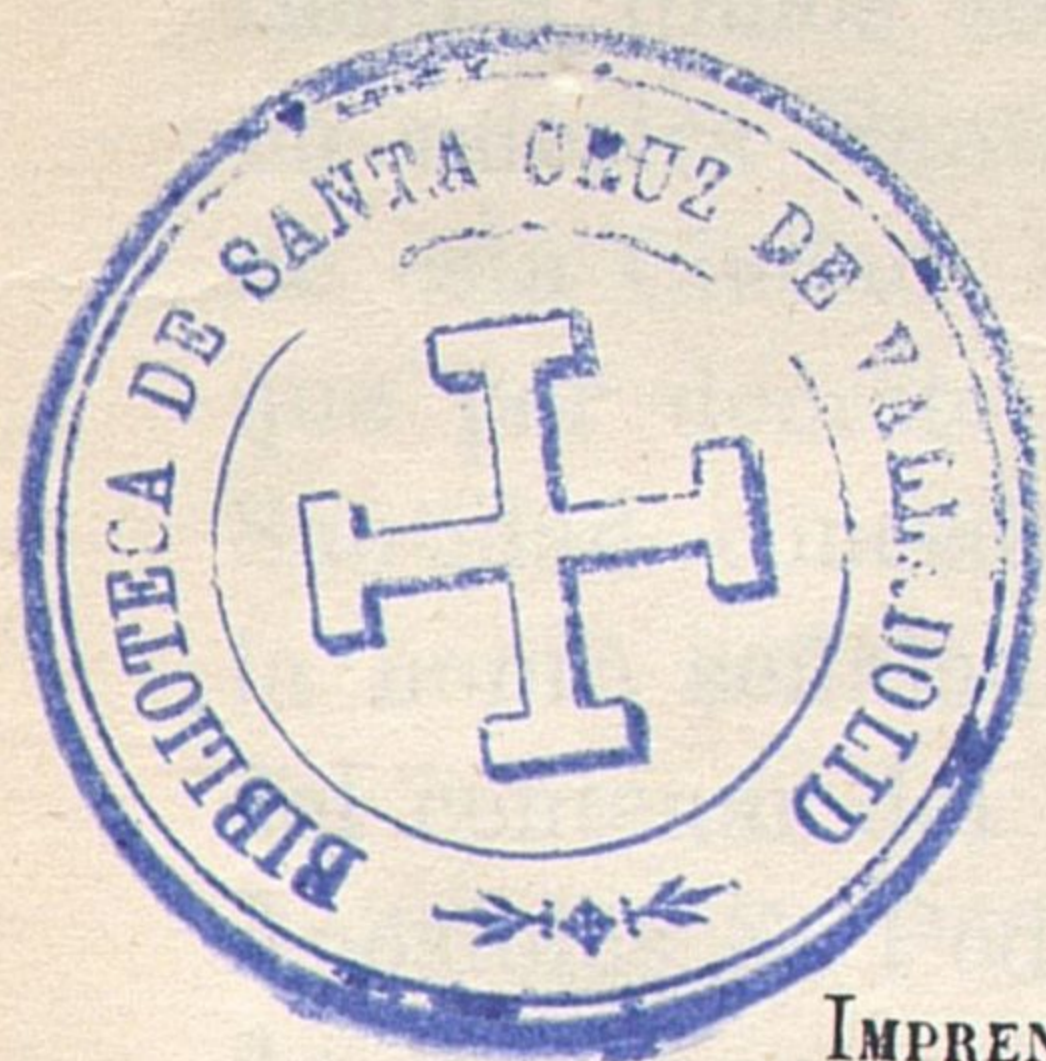
DEL BEATO SIMON DE ROJAS,

DIRIGE Á SU DIÓCESIS

EL EXCMO. E ILLMO. SR. D. JUAN IGNACIO MORENO,

ARZOBISPO DE VALLADOLID,

con motivo de su regreso de Roma.



VALLADOLID:

IMPRESA DE D. LUCAS GARRIDO.

1867.

HTCA

U/Bc LEG 11-2 nº899



UVA. BHSC. LEG. 11-2 nº899 0 4 6 9 6 6 3

CARTA PASTORAL

QUE SE DIO

EN EL AÑO DE 1887

DIRIGIDA A SU SEÑORIA

EL SEÑOR D. JUAN IGNACIO MORENO

DE LA CIUDAD DE MADRID

con motivo de su regreso de Roma.

IMPRESA DE D. JUAN GARCIA

EN LA CIUDAD DE MADRID

1887



NOS EL DR. D. JUAN IGNACIO MORENO,

por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
Arzobispo de Valladolid, Prelado doméstico de Su
Santidad, asistente al Sacro Sólido Pontificio, Señor
de Junquera de Ambía, Noble Romano, Decano
Honorario del Ilustre Colegio de Abogados de esta
Ciudad, Caballero Gran-Cruz de la Real y Dis-
tinguida Orden Española de Carlos III, Senador
del Reino, del Consejo de S. M., etc. etc.

*Á nuestros venerables hermanos, Dean y Cabildo
de nuestra Santa Iglesia Metropolitana, Reverendos
Párrocos y Eclesiásticos de la Diócesis y á nuestros
amados hijos los fieles de la misma, salud y paz
en N. S. J. C.*

EN la gran festividad de la Asuncion de Nuestra
Señora dimos solemnemente la bendicion apostólica
en nuestra Santa Iglesia Metropolitana á los fieles
de esta Ciudad, en uso de la facultad extraordinaria
que por decreto de 1.º de Julio último, se dignó Su
Santidad conceder á todos los Obispos que tuvimos
la honra señalada de hallarnos en Roma en la fiesta
del centenar del glorioso martirio de los esclarecidos
Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, que coincidió con la
de la canonizacion de varios mártires, confesores y
vírgenes.

:

Antes de dar la bendicion, Venerables Hermanos y Amados Hijos, no pudiendo contener las emociones que excitaba en nuestra alma el recuerdo de lo que en la Capital del mundo cristiano habíamos hecho, presenciado y sentido, nos vimos en la imperiosa necesidad de dirigir nuestra conmovida palabra al numeroso y escogido concurso, que deseoso de participar de la inestimable gracia pontificia, llenaba el grande y suntuoso Templo, edificándonos con su fervor, recogimiento y piedad.

Mas no se hallaba ni podia encontrarse allí toda nuestra amada diócesis, á la que tambien somos deudores de igual manifestacion. Ocupaciones graves y urgentes del servicio público nos han impedido, bien á pesar nuestro, llenar antes este deber tan grato para nuestro corazon. Lo haremos hoy con la sencillez é ingenuidad propias de nuestro sagrado ministerio, procurando de paso avivar mas y mas en vosotros el amor á la Iglesia y el interés que en toda persona honrada excita la conservacion del poder temporal, que la divina providencia, en bien y para la necesaria independendia del espiritual, ha concedido al Romano Pontífice en el trascurso de los siglos.

Antes de hacerlo, séanos lícito dejar consignado en este documento solemne la respetuosa gratitud que debemos á la augusta Señora que ocupa el trono de S. Fernando por las órdenes que se dignó dictar para que se nos llevase y tragese de Roma en un buque del Estado con el honor y decoro que

exigía el de la nacion católica por excelencia. Reciban, pues, S. M. la Reina y su ilustrado Gobierno nuestra espresiva accion de gracias, que igualmente tributamos con la mayor cordialidad á la culta y religiosa Barcelona, á su respetabilísimo Prelado, venerable cabildo y clero, á sus dignas autoridades, á los bravos y caballeros marinos de la armada real de España y á cuantas personas, que durante el viaje y nuestra permanencia en Roma y Civitavechía, nos obsequiaron con finas y benévolas atenciones. Lo hicieron por consideracion y respeto á nuestro sagrado carácter. Cúmplase por lo tanto en ellos aquella divina promesa del Salvador que dice: « Todo el que diere de beber á uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua fria, tan solamente en nombre de discípulo, en verdad os digo que no perderá su galardón ». (1).

Ahora bien, V. H. y A. H. grandioso ha sido en todos conceptos el espectáculo que en Roma ha presentado la Iglesia católica el 29 del pasado Junio. Hallábase allí, en el Vaticano, en ese Templo el más grande y magestuoso del universo, cerca de quinientos Obispos de todos los paises y naciones de la tierra, que haciendo esfuerzos heroicos de índole diversa y generosos sacrificios de todo género, se habian congregado á una simple invitacion del inmortal Pio IX para rodear en ese fausto y solemnísimo dia su sagrado trono pontificio. En

(1) S. Mat. cap. 10 v. 42

medio de la diversidad de sus idiomas, de sus hábitos y de sus costumbres, á pesar de que en la fisonomía exterior de cada uno estaba bien pronunciado el carácter distintivo de su respectiva nacionalidad, uno era el corazón, una sola el alma de aquella veneranda muchedumbre de Prelados. El francés lo mismo que el español, el inglés, el alemán, el italiano, el europeo lo propio que el americano, se esmeraban en demostrar en todos sus actos la unión de sentimientos en una misma fé y de corazones por una mútua caridad, que es el verdadero carácter de los discípulos de Jesucristo y la señal por la cual, como les dijo el Salvador, habian de ser reconocidos por todo el mundo (1). Todo en esta escogidísima reunión era amor mútuo, respeto recíproco, verdadera fraternidad cristiana. Fugaces momentos nos parecieron los días que duró congregada. Como de los Apóstoles podia decirse de esos venerables Obispos, *et gratia magna erat in omnibus illis*. Y habia mucha gracia en todos ellos (2). Descubrian en sus palabras y en sus obras la gracia celestial que recibieron en la consagración. De aquí la presteza con que abandonaron sus casas, emprendieron el camino, y se presentaron en Roma; de aquí el valor con que despreciaban todo género de peligros, la alegría con que se acercaban al Papa, la gran fortaleza con que daban testimonio de lo

(1) S. Juan cap. 13 v. 36.

(2) Hechos de los Apóst. Cap. 4 v. 33.

íntimamente unidos que se hallaban en todo y por todo con el ilustre sucesor de Pedro, de lo muy de veras que obedecian y acataban todas y cada una de sus definiciones, se sometian á sus fallos, respetaban y se adherían á sus declaraciones, confesando, sosteniendo y proclamando con los Padres del Concilio de Florencia, á despecho de la impiedad y groseros errores de nuestra época, «que el Romano Pontífice es el Vicario de Jesucristo, la Cabeza de toda la Iglesia y el Padre y Doctor de todos los cristianos, que á Él, en la persona de S. Pedro, fué entregada por N. S. Jesucristo la plena potestad de regir y gobernar la Iglesia universal.»

Mas de una vez, V. H. y A. H. absorto, conmovido y sintiendo emociones inesplicables creimos encontrar-nos en aquella admirable asamblea de que nos habla el Evangelista cuando nos refiere, que hallándose congregados los Apóstoles, vino Jesucristo, se puso en pié en medio de ellos y les dijo «Paz con vosotros;» tan grande y tan completa era la ordenadísima concordia que reinaba entre los pastores de la iglesia, y el jefe, maestro y padre de todos ellos, el pastor supremo y universal de la misma. Al oírle entonar con dulce y magestuoso acento en la santa Misa que celebraba de pontifical ese divino *Pax vobis* sentimos llenarnos de los frutos prodigiosos de esa paz que como afirma San Ambrosio es Cristo (1) pues todos á un mismo tiempo

(1) Lib. 10, Epit 82, ad Vercellens, Eccles.

esperimentamos en nosotros mismos la serenidad del alma, la tranquilidad de espíritu, y que el lazo de amor y la union de la caridad, se estrechaban y fortalecian en nuestros corazones.

¿Y cómo no habia de suceder así, V. H. y A. H. cuando el que nos enviaba la paz, sin la que ni los reyes reinan, ni los reinos son poderosos, ni de nada sirven las grandezas del mundo, era el magnánimo Pontífice, en cuyos actos se advierten señales evidentes de la asistencia del Espíritu Santo, que sostiene á todas las iglesias particulares, mantiene en ellas la unidad, confirma en la fé, conforta con su ayuda á los que sufren, ata y desata á los pecadores, y finalmente abre y cierra el cielo?

No podíamos menos de sentir esos efectos, considerando que el que nos saludaba con el anuncio y la mision de la paz era Pio IX, que con todos los hechos de su glorioso pontificado, nos enseña que la paz es amiga inseparable de la justicia y que repitiendo por amor á esta con invicta fortaleza el «*non posumus*» de los Apóstoles, resiste la tiranía, defiende el derecho, se opone al error, proclama la verdad, apoya al débil, sostiene á la familia y hace esfuerzos para salvar á la sociedad amenazada de desolacion y de muerte. Fuerte con su autoridad, que se apoya en el mismo Dios, y firme con el convencimiento de su deber, no calcula como el político para obrar, ni oye mas voz que la de Aquel que nos dijo en el Eclesiástico: «Por tu alma no te avergüences de decir verdad, lidia por la justicia en favor de tu alma y hasta la muerte

combate por la justicia y Dios peleará por ti contra tus enemigos.» (1)

Natural era por lo tanto que el anuncio de paz que desde el glorioso sepulcro del Príncipe de los Apóstoles salía de los augustos y autorizados labios de su esclarecido Sucesor, produjera tan grata y saludable impresion en el ánimo de los que le escuchaban. Era un anuncio dirigido á todo el universo para dar á conocer que la Iglesia incita á la paz á los que se ódian, que ella con imperturbable tranquilidad espera á sus enemigos, que enseña con piedad y dulzura á los que yerran y que para todos, aun para los mismos que la rechazan y persiguen, tiene entrañas de compasion, misericordia y amor. Al contemplar la sublimidad y grandeza que ofrecía á nuestra vista la Iglesia católica en ese acto tan encantador y solemne, nos creíamos animados con el espíritu de que estaba lleno David, cuando noblemente cantaba las gracias del antiguo pueblo, y á su ejemplo en medio de tan ilustre asamblea desahogábamos nuestro corazon, celebrando las eternas misericordias del Señor con las palabras del Salmo: *confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in æternum misericordia ejus.* (2)

Mas y mas se complacía nuestra alma en repetir este precioso cántico de gratitud y de alabanza, cuanto que observabamos llenos de júbilo, el afecto y

(1) Cap. 4.º v. 24 y 33.

(2) Ps. 135, v. 1.º

general entusiasmo que causaba en todos la presencia del venerable Pontífice. En el desgraciado siglo XIX, en el siglo de la execrable apoteosis de Voltaire, el hombre mas infame de la tierra, de las inmundas blasfemias de Renan, de los estúpidos escándalos de Ginebra; en el desventurado siglo en que, lo que es peor todavía, con oprobio de la misma razon y del público pudor aquellas y estos se toleran, en este siglo de subversion de ideas y de continuas é inícuas insurrecciones, en que ni se teme á Dios, ni se venera la ley, ni se respeta la autoridad, en que se insulta á los reyes, se les arroja con iniquidad de sus tronos, se maquina contra sus vidas, en que se aborrece á la Iglesia, se ódia á sus ministros, se conspira contra la familia y sin tregua ni descanso se atenta contra la sociedad, en que á cada momento se altera el sosiego público, se conmueven los pueblos, y se priva de la paz á las naciones, efecto funestísimo pero necesario de los errores sábiamente condenados en la Encíclica *Quanta cura* y comprendidos en el Sylabus que le acompaña; en este mismo siglo de materialismo y de la mas grosera sensualidad en que las grandes Exposiciones de las artes y de la industria se convierten con general asombro en centros de la fanática y extravagante propaganda del protestantismo y de la maldad, veíamos todos los dias reproducida en Roma á causa del amor que á todos sabe inspirar el magnánimo Pio IX la tierna é interesante escena que ofrecían los primeros fieles, cuando para lograr la curacion de sus enfermedades procuraban con el mayor

empeño, *ut veniente Petro, saltem umbra illius obumbraret quemquam illorum*, que cuando pasase Pedro, al menos su sombra tocase á alguno de ellos (1).

¿Qué significaba sino aquel tropel de gentes compuesto de personas de toda clase, de todos los países que constantemente invadía casi á la fuerza las avenidas del Vaticano, las escaleras y salones del palacio pontificio, ansiosas de ver al Papa, de besar sus piés, de recibir su apostólica bendición, de pedirla para sus familias y lugares, de recoger alguna cariñosa espresion de sus bondadosos lábios, la cual al punto entre los mayores trasportes de alegría se comunicaba de unos á otros, se trascribían á los amigos y se conservan cuidadosamente en el corazón de todos? ¿qué revelaba esa ansiedad con que hombres distinguidos por su nacimiento y posición, el sacerdote, el literato, el militar, el capitalista, el escritor, el artista, procuraban recibir de sus augustas manos una medalla, una estampa, un autógrafo ó papel cualquiera en que se hubiese dignado poner su firma? ¿qué por último el indescriptible entusiasmo con que por todas partes y en todos los idiomas se le aclamaba y aplaudía?

En los templos, por las calles, en las plazas, por los paseos, en las academias, en el taller, en el estudio del artista, en el escritorio del banquero, en las concurridas reuniones y suntuosos recibimientos tanto de los particulares, como en los de la nobleza romana, fun-

(1) Hechos de los Apost. cap. 5 v. 15.

cionarios y corporaciones públicas, que para solemnizar el centenario y obsequiar al episcopado católico, tuvieron lugar en aquellos días memorables, todo se convertía en espontáneas demostraciones de respeto, admiración y alabanzas á Pio IX á su sabiduría, á su fortaleza, á su asombrosa confianza en Dios, á sus eminentes virtudes. El hombre y la mujer, el anciano y el joven, el propio y el extraño, el eclesiástico y el seglar, el letrado y el ignorante, los católicos todos y hasta los protestantes é infieles de nobles y honrados sentimientos, se complacían en repetir esas justas alabanzas y en manifestar el vivo interés que les inspiraba la conservación de su trono temporal, así como la indignación que les causaban los sacrílegos proyectos que para destruir ese sacrosanto y esplendoroso trono tienen concebido y con frenético empeño intentan llevar á cabo la injusticia y la impiedad.

¡Ah! todo esto que observábamos uno y otro día, agregado á lo que pasaba en el templo con la multitud ávida de venerar la silla ó cátedra de S. Pedro que se hallaba expuesta en el Vaticano, ó las cadenas milagrosamente unidas con que estuvo ligado el santo Apóstol en Jerusalén y Roma, que para satisfacer la devoción de los fieles se pusieron de manifiesto en la insigne Iglesia á que este precioso tesoro da el nombre de S. Pedro *ad vincula*; á lo que ocurría en el coliseo, en las catacumbas y en otros sagrados y venerandos lugares eran pruebas brillantes de religión y de piedad, que nos hacían verter lágrimas de consuelo, y exclamar con fervoroso entusiasmo:

¿quién nos ayudará en la tierra á ensalzar otra vez de una manera que sea agradable al cielo las eternas bondades del Señor? ¿Quién sinó tú, oh Iglesia santa, que eres la congregacion de todos los hijos del Altísimo, el ejército de Dios vivo, su reino, su ciudad, su templo, su trono, su tabernáculo, y su santuario? Tú que eres tambien la fuente y la morada de la verdad, la madre de los cristianos, la esposa hermosada con la gracia y enriquecida con la preciosa sangre de Jesucristo, príncipe de los reyes de la tierra y rey invencible é inmortal de los siglos, tú que con la belleza encantadora de tu palabra y sublimidad de tu doctrina atraes á tí diariamente á una multitud que ansiosa de andar á tu lumbre viene volando como nube ó como palomas que vuelven á su palomar, en expresion de Isaías, (1) tú, Iglesia santa, á la par que recibes el parabien que te damos por tus insignes victorias, eleva hasta el cielo la ofrenda de gratitud que por tus triunfos ofrecemos, y une tu voz con la nuestra para decir de nuevo «Alabad al Señor porque es bueno, y porque su misericordia es para siempre.» (2)

Más todavia V. H. y A. H. Todo cuanto nos pasaba en Roma durante esos dias de imperecedero recuerdo nos fortalecia y animaba. Si orábamos en la Basílica Liberiana ante el pobre pesebre que al nacer sirvió de cuna al Rey excelso de la gloria, si de rodillas y poseidos de cristiana veneracion subiamos la escalera

(1) Cap. 60, v. 8.

(2) Salmo citado.

del Pretorio que como reo de nuestras culpas subió el Salvador para ser juzgado, si profundamente prostrados adorábamos el leño santo de la cruz en que espiró nuestro Bien para salvarnos, si enviábamos nuestras humildes súplicas al cielo por nuestra diócesis en las Basílicas Vaticana y Ostiense ante las reliquias de los inmortales Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, si despues de informados de los procesos de canonizacion de los nuevos Santos, formulábamos y emitiamos nuestros votos para que aquella se realizara cuanto antes, si asistiamos á las escogidas reuniones de los Obispos congregados en Roma que todas las semanas tenia en su palacio el nuevo mártir de la caridad, el moderno Borroméo, el ilustre Cardenal Altieri, que víctima de su celo y del cumplimiento de su deber acaba de perecer gloriosamente en la diócesis de Albano, á donde voló á las primeras noticias de los estragos que en ella causaba el cólera, si en el Consistorio oiamos la augusta voz de Pio IX pronunciando su notable allocucion de 26 de Junio que ya os es conocida, si el primero de Julio la volviamos á escuchar en otro consistorio contestando al respetuoso y espontáneo mensaje del Episcopado, que tuvimos la honra de suscribir, recibíamos sublimes inspiraciones, cobrábamos aliento, nos llenábamos de valor para el difícil desempeño de nuestro sagrado ministerio. Estos y otros actos parecidos, que fueron nuestra ocupacion en Roma, nos recordaba la dicha sin igual de que nos hallábamos íntimamente unidos á la Santa Sede. Y era tan grande la confianza que esta consoladora verdad nos daba

para pelear las batallas del Señor, que nuestra pequeñez parecía que se levantaba, crecía y se trasformaba en la magnanimidad y valentía de un esforzado y brioso gigante. La fé de los Leandros, Isidoros y Fulgencios, de los Ildefonsos, Tomases de Villanueva y Toribios Mogrovejos avivada por tantos motivos de edificacion como encontrábamos en todos los sitios que recorriámos, brillaba con to lo su esplendor en nuestro interior, no temíamos el empeñado combate que en la actualidad es preciso sostener con el error y la heregía y nos suministraba el ardor y las fuerzas necesarias para defender á nuestra amada diócesis de tantos, tan poderosos y activos propagadores, como tienen en todos los pueblos de la tierra.

El triunfo lo considerábamos nuestro, y con razon; porque unidos á la Santa Sede y obrando de conformidad con su divina enseñaanza, formamos parte y recibimos la vida de aquella Iglesia, que fundada sobre la solidez de la piedra, no se resiente con el viento de las amenazas, ni se conmueve con las corrientes de la persecucion, ni vacila con las incomodidades de las aflicciones del cuerpo, ni se turba con el peligro de la muerte (1). Y propio es de esta santa Iglesia vencer cuando se le daña, mostrar su sabiduría cuando se le impugna y conservar, adquirir ó ganar cuando se la desampara (2).

(1) S. Gregor. Magnus super septem Psalm. Pœnit. in Psalm. V. vers. 26.

(2) S. Hilar. Lib. 7. de Trinit.

Tales son V. H. y A. H. los sentimientos que experimentábamos en Roma, en esa digna Capital del mundo antiguo, como lo es hoy del mundo cristiano. Jamás olvidaremos tampoco un suceso que formará época en nuestra vida, el de la audiencia particular que el bondadoso Pontífice se dignó concedernos en la mañana del 28 de Junio. Constituidos en la cámara pontificia, se nos introdujo á la presencia de su sagrada persona, ante la que todos doblan casi involuntariamente la rodilla, y sin permitir que acabásemos de postrarnos, nos dirigió con dulzura la palabra, esa palabra que embelesa, atrae y enternece, nos calmó de bondades, se informó del estado moral y religioso de nuestra amada diócesis, y radiante de magestad la bendijo, dignándose aceptar el óbolo que en nombre de la misma le ofrecíamos. Este acto nos conmovió en extremo. Veíamos en nuestra pequeña ofrenda, compuesta con las limosnas de nuestros generosos diocesanos, representado el desprendimiento de los primeros cristianos, que el precio de sus bienes lo ponían á los piés de los Apóstoles, (1) y en la dignidad con que el Pontífice la recibía, una bella, acabada y viva reproducción de la humildad y mansedumbre del Salvador, y un carácter ostensible y muy marcado de que realmente es en la tierra el Vicario de aquel que con su propio ejemplo y con su palabra glorificó la pobreza, y que dijo á los

(1) Hechos de los Apóst. Cap. 4, v. 31 y 35.

que sufren padecimientos por causa de su nombre «gozaos en aquel dia y regocijaos; porque vuestro galardón grande es en el cielo.» (1)

En medio de las graves atenciones que le rodeaban, una ligera indicacion nuestra fué suficiente para que permitiera le presentáramos las muchas personas que nos acompañaban. Eran estos, dignos capitulares, piadosos beneficiados, celosos párrocos, eclesiásticos respetables de esta y otras diócesis de España, además de varios seculares distinguidos por su saber, posicion y clase, entre los que se hallaban dignamente representadas, las letras, la magistratura y la nobleza, aumentando el brillo de nuestra numerosa é improvisada comitiva, la roja cruz de Calatrava, el uniforme de esta esclarecida órden militar, el de Gentil-hombre de S. M. y de la Maestranza que algunos de sus individuos ostentaban y vestian. Á todos dirigió expresiones de ternura y de consuelo, á todos escuchó con amorosa solicitud, á todos honró con cariñosos obsequios, y todos conmovidos y derramando lágrimas de alegría, recibieron la bendicion apostólica que en los términos mas patéticos hizo extensiva á sus familias, iglesias, feligresías y pueblos.

No podemos V. H. y A. H. describir lo que entonces pasó en nuestro corazon, ni lo que sentimos cuando encontrándonos de nuevo á solas con Él, nos preguntó con paternal interés «¿han quedado consolados?» Sí,

(1) S. Luc. Cap. 6, v. 20, 22 y 23.

beatísimo Padre, le respondimos añadiendo: ¿cómo no lo habian de quedár con las bondades de Vuestra Santidad? A lo que repuso con agradable y magestuosa sencillez: «pues el Papa queda consolado.» Es Santísimo Padre, le digimos, cuanto todos vivamente deseábamos.

Asi se terminó esta tierna é interesante escena á la hora misma en que el estruendo del cañon y el sonido de las campanas anunciaba á la Ciudad la gran solemnidad del siguiente dia. Ese armonioso é imponente ruido contribuía á aumentar el júbilo de que continuábamos poseido y que en loor de la santa iglesia romana nos hizo prorrumpir. «Si me olvidára de tí, Jerusalén, á olvido sea entregada mi derecha. Quede pegada mi lengua á mis fáuces, si yo no me acordáre de tí: si no me propusiera á Jerusalén por punto principal de mi alegría.» (1)

El afectuoso recibimiento que á nuestro regreso de Roma nos hicisteis, V. H. y A. H. demuestra vuestra cordial adhesion al Sumo Pontífice y á la enseñanza de la Iglesia Católica. Permaneced firmes en vuestra fé. Pedid al Señor por medio del esclarecido vallisoletano que hoy con pompa extraordinaria celebramos, el Beato Simon de Rojas; solicitud con instancia en vuestras fervorosas oraciones que esta santa fé sea siempre la única que profese la nacion española; que jamás pierda ella el bien inestimable de la unidad

(1) Salm. 136, v. 5 y 6.

católica que disfruta desde la honrosa abjuración del arrianismo, que hizo con los suyos el valeroso Recaredo y que de un modo admirable supo conservar, cuando mas amenazada se hallaba, otro hijo de esta ciudad, que fué uno de los monarcas mas célebres y poderosos de la tierra, el inmortal Felipe II. Recordád de continuo que descendéis de aquellos varones esforzados que durante el largo período de siete siglos pelearon con indomable constancia en defensa de la cruz, que simboliza todas las glorias de nuestro grande y generoso pueblo; que descendéis tambien de los héroes que en nuestros mismos dias defendieron contra estraños agresores las creencias y las tradiciones seculares, el honor y la independencia nacional; y como lo hicieron ellos y sabéis vosotros practicar, rechazad indignados los planes inícuos y desastrosos de la revolucion y de la impiedad. Huid de los que quieran introducir en las materias religiosas, nuevas y peligrosas doctrinas. Estos, como dice el Apóstol S. Judas, blasfeman de lo que ignoran, se corrompen en lo que saben, son nubes sin agua, doctores sin doctrina, que por toda autoridad tienen su atrevimiento, y por toda ciencia, sus precipitadas decisiones. Amad con ternura á la Iglesia, obedeced sus maternales mandatos, y con una santa é inocente vida preparáos para aquel dia en el que como el relámpago que relumbrando en la parte inferior del cielo, resplandece desde la una á la otra parte, ha de venir el Juzgador supremo de los reyes, de las naciones y de los hombres á fin de que como ardientemente deseamos y sin cesar le pedimos,

os encuentre dignos de recibir en premio de vuestras cristianas virtudes la eterna bendición del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

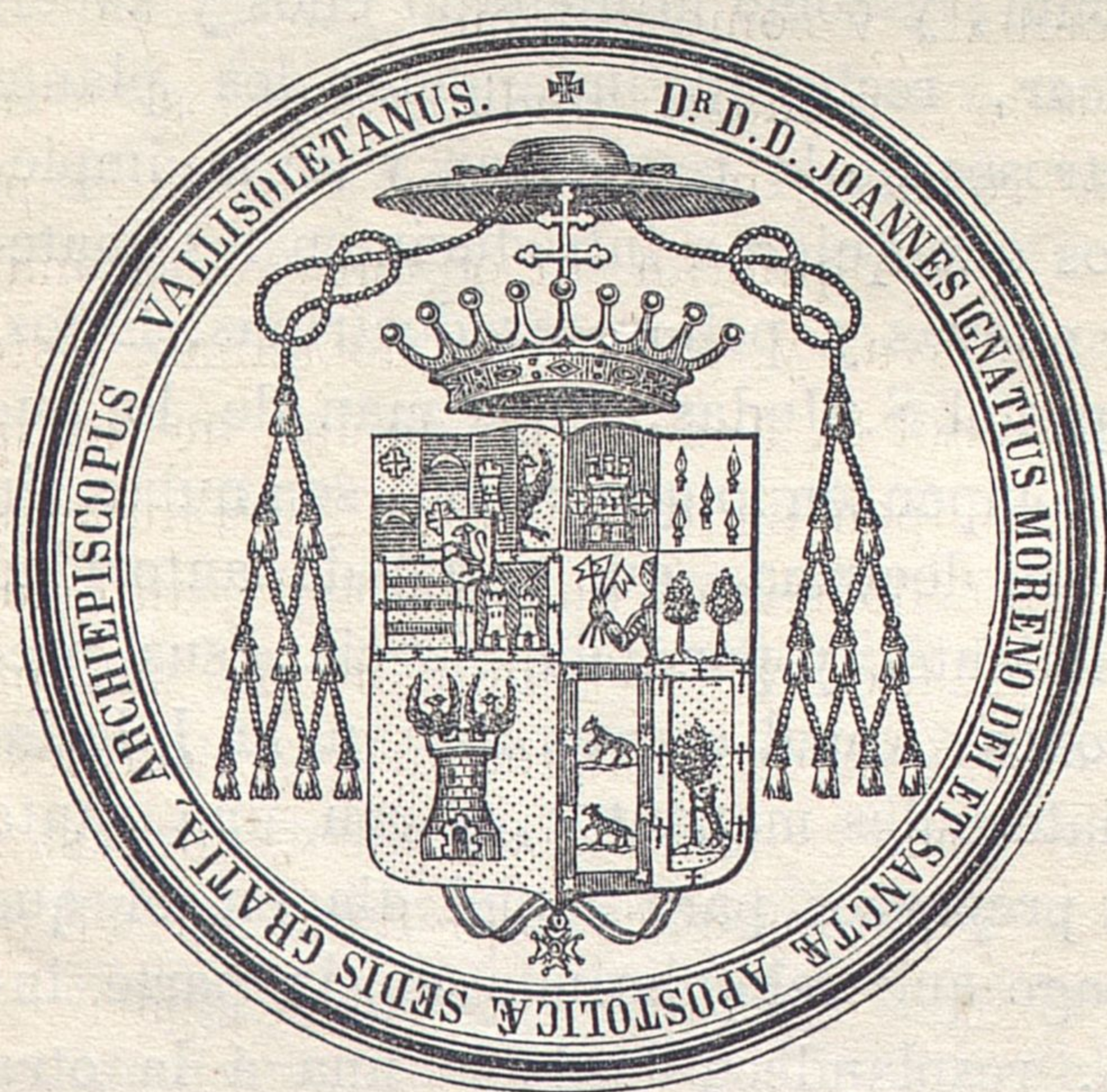
Dada en nuestro palacio Arzobispal de Valladolid á 28 de Setiembre de 1867.

Juan Ignacio, Arzobispo de Valladolid.

Por mandado de S. E. I., el Arzobispo mi Señor,

Dr. D. Cesáreo Rodrigo,

Canónigo Secretario.



Esta Carta Pastoral se leerá en todas las Parroquias é hijuelas de la Diócesis en el ofertorio de la Misa del pueblo el primer día festivo despues de su recibo.



029. 815C. 06G. 11-2 n70599